

Antonio Bórquez Solar

## Bizarrias de Antaño

### «CAMPO LÍRICO»

**A**HORA ven aquí, adorado libro escarnecido y aplaudido, tú que eres cifra y compendio de una juventud atormentada del mundo, del demonio y de la carne. Eres lo único que no se ha ido con el tiempo fugaz. Por tus páginas pasa palpitante un profundo aliento vital. En tí se han cristalizado mis sueños de antaño, mis esperanzas, alegrías, tristezas, amores; pero nunca los odios. Por todo esto te amo, libro ingenuo, libro bueno, libro revelador de una forma nueva y de bellezas incógnitas.

Pagó de su peculio la edición de este mi primer libro de versos, mi amigo Marcial Molina S., a quien había conocido yo en Los Angeles como cajero del Banco de Chile. Desde el primer día fué un entusiasta de mi labor y fué mi compañero obligado en mi vida seria de visitas sociales. Tenía para mí el gran mérito: atendía con su trabajo al sustento del hogar lejano en Chillán. Llegado a Santiago muy poco tiempo después de mi arribo, activo y diligente él, entró en unos negocios mineros y como la suerte le favoreciera, un buen día me dijo:

—¿Tienes juntas y guardadas tus poesías? ¿Se podría formar un volumen?

Después de mirarle con extrañeza le repuse:

—Dos volúmenes, que no uno solamente.

—Bueno. Voy a costearle una edición; pero de las mejores. Vamos a la imprenta de «El Globo». Esta es mi imprenta, la de mis libros mineros, talonarios, cartas, membretes. Tú elegirás el papel, y ordenas.

No trataré de pintar mi asombro. Le estreché la mano fuertemente sin hablar. Al fin iba a ver realizado mi más serviente deseo, lo que me había parecido una quimera bajo mi Palacio de Verano. Llegamos a «El Globo», que estaba en Agustinas al lado del templo de los religiosos de esa advocación. Se hizo el trato facilísimamente:

—Señor Ruiz (de la firma Borchet, Ruiz y Cía.) presento a Ud. al poeta... Va Ud. a hacer una hermosa edición de un libro de versos, en buen papel y como mi amigo ordene. Yo pago. No repare en gastos.

—Muy bien, don Marcial. Lo serviremos lo mejor que podamos. Y creo que nos haremos una buena reclame.

Nervioso de alegría salí de la imprenta a copiar pronto para entregar mis originales a los chivaletes, después de haber abrazado a mi joven Mecenas, quien lo único que me había recomendado era que prologara el libro nuestro común amigo Cabrera Guerra. Y con tanto ardor emprendí la tarea que en dos días di todo el material necesario para el primer pliego.

El prologuista fué tardo por causa de sus dos grandes preocupaciones, las diarísticas y las amorosas que le absorbían la mayor parte del día y no pocas horas de la noche. ¡Qué furor de hombre! Al fin salió aquello, en lo que han mordido tantos y tantos, desdichado prólogo del que nunca supe si llevaba encubierta alguna mala intención; pero que muchos han repetido en partes, tomándolas como verdades de fe, sin tratar de comprobarlas, diciéndolas por boca de ganso.

*El Título*, de mi libro, que hasta esto fué criticado, lo encontré de improviso, una mañana, al levantarme. Al pasar por el cuarto de Cabrera, que estaba ya en pie, por excepción, a las siete, me dijo:

—Me he levantado tan de madrugada sólo para escribir el prólogo... ¿Y has pensado qué título tendrá tu libro?

—No; pero se me ocurre ahora el de *Campo Lírico*.

—¿Sabes que no es vulgar?—me repuso.—Y le puedes agregar, porque es tu primera obra, el sub título *Primera Siega*. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico!—contesté.—Y se verá hermoso en la portada blanca opalina, que ya tengo elegido el papel, así en un cuadrículo, a la izquierda y con tinta azul:

<p>CAMPO LÍRICO (PRIMERA SIEGA) <i>Antonio Bórquez Solar</i></p>
--

De este modo tan sencillo encontramos tal nombre, tan llevado y traído, en aquel tiempo en que las lenguas tartajosas lo declararon rebuscado y decadente.

*La casa de Campo Lírico.* Vivíamos en ese tiempo Marcial, Florencio Navarrete, que era un capitán de ejército, y el muchacho doméstico, en la calle San Carlos, entre Santa Rosa y San Isidro.

—Tres diablos en un santuario—había dicho Ricardo Prieto.

La casa era propiedad del padre de nuestro inspirado músico compositor Próspero Bisquert. Valía el arriendo cuarenta pesos y tenía toda comodidad, hasta pieza de baño. Eran tiempos todavía fáciles y no de sordidez. Aquí visitaban al Chico Cabrera muchas personas, sobre todo las del pelo suave, diputados, dibujantes, escritores, poetas, trajinantes de aquel escándalo del fierro viejo de los Ferrocarriles.

Teníamos una vecina muy simpática, española, blanca, madrileña, «digna de ser morena y sevillana». A poco de haberla visitado en su casa para oírla al piano, que lo sabía muy donosamente, supe que daba lecciones del instrumento a un mazo español. De esta noticia fué portador Navarrete y con ella, como por efecto de una ducha, disminuyó considerablemente la temperatura de mis afectos nacientes. Y me retiré.

Más triunfos, más coronas dió al prudente  
que supo retirarse, la Fortuna,  
que al que esperó obstinada y locamente.

Muy poco tiempo después se casaron la Simpatiquísima Dora  
y el español.

\* \* \*

Nos visitaba entonces un joven poeta muy simpático, modesto y de mucho talento, Jorge Prieto Lastarria, que murió tan prematuramente en la altiplanicie boliviana, adonde había ido por las exigencias de la vida, empleado en una empresa industrial. Muchas de sus poesías se publicaron en «Pluma y Lápiz» y ellas demuestran su inspiración delicada y exquisita. Era él un joven moreno, espigado, miope, de negro y sedoso bozo y su habla era afectuosa y tranquila. Caballero andante de la poesía, era de suyo muy enamorado y muy tímido. Mucho-padeció cuando le entró la amorosa pestilencia, que dice Cervantes.

También llegaba a la casa del Chico el poeta Francisco Contreras, que ya había publicado un año antes su librito «Esmaltines», que había pasado casi completamente inadvertido. Recuerdo muy bien que los que escribían entonces no lo consideraban en serio, a él, personalmente, y si por un acaso hablaban de sus poesías lo hacían con tal desdén que daba pena y con una punta de malevolencia que me indignaba hasta el rojo blanco. Indudablemente, él fué un cruzado decidido de la renovación artística en este país y merece ser citado, no por haber sido un espíritu fervorosamente combatido, como yo lo fuí, sino por haberse alistado uno de los primeros junto a mi oriflama. Cuando comenzó a publicarse «Pluma y Lápiz», él fué uno de sus colaboradores en verso y prosa. Pero sus «Sonetines», así como su estatura también diminutiva, dieron motivo para que algunos chistosos le llamaran *Contreritas*. Hay todavía quien le recuerde con el mismo apodo, cariñosamente. Y para esto fué menester que Rubén Darío lo consagrara en París, en donde hace ya veinte años que reside...

En esta casa de la calle San Carlos, en la que dispuse y ordené mis poesías para mi primer libro, viví durante el tiempo todo que pertenecía a la redacción de «La Tarde» de los hermanos Irarrázaval. En esta casa de «Pluma y Lápiz» di también todo a la revista, hasta como empaquetador para provincias, faena esta última en la cual me era forzoso ayudar a su colérico director, el fauno Cabrera.

### EL LIBRO PRIMIGENIO

Al fin apareció hermosamente presentado e impreso, un primor, un lujo de edición en aquel tiempo, en un buen día primaveral, en pleno mes de Octubre de 1899. Evidentemente, nada igual había salido antes de los talleres litográficos de Chile, nada igual en todo sentido. Con qué íntima emoción vuelvo a tomar y contemplar el único ejemplar que me queda, el obsequiado por Carlos Newman y encuadernado en París de Francia, pasta de cuero finísimo, dorado a fuego, título y nombre de autor en letras de oro también, regalo en fin de un hombre rico, que es al mismo tiempo un espíritu superior y una inteligencia excepcional. He aquí la historia de este regio presente: Apareció en el diario «La Tarde» el suelto que la refiere con brevedad:

«Desde el desierto de Sahara. Al autor de «Campo Lírico». Como una curiosidad damos a nuestros lectores, previo el permiso del propietario de la carta, la que el señor Carlos Newman, el raro intelectual de Valparaíso, que hoy anda de viaje por aquellas lejanías, le ha dirigido a Santiago de Chile al autor de «Campo Lírico», nuestro compañero de «La Tarde»:

«A don Antonio Bórquez Solar, Santiago de Chile.—Distinguido señor: por giro postal envío a Ud. la suma de francos para que se sirva remitirme por correo y certificados... ejemplares de su volumen de poesías, recién publicado y que se intitula «Campo Lírico». Mi residencia es la indicada en la adjunta tarjeta.

«Yo, que no soy artista ni intelectual, he leído no obstante

todas las poesías de Ud. que se han publicado en los diarios y revistas de Chile y ellas hanme procurado emociones agradables. Y en esta vida, que es un eterno dolor, se mira con estima, con afecto, aquello que, aunque sea por un minuto, ha contribuído a aminorar su intensidad.

«Por eso aquí, en un oasis lejano del desierto de Sahara, —que aquí estaré cuando llegue a mis manos su libro— leeré con más penetrante e íntima emoción esos versos suyos.

«Lo saluda afectuosamente,

K. NEWMAN.

«Kbur—er Rumia, 16 de Diciembre de 1899».

Esta carta está escrita con ortografía fonética, y no la he copiado con ella porque se me va la vista.

Envié al señor Newman dos o tres ejemplares de mi obrita, y no muchos meses después recibí el lujoso ejemplar en la pasta valiosa a que me refiero.

*Dedicatoria.*—Como era de ritual, dediqué el libro a Marcial Molina S., y en las palabras liminares que me salieron del corazón, afirmé lo que nadie jamás fué osado a contradecir, entre otras frases, estas rotundas:

.....  
 «Porque tuyo fué el primer aplauso que escuché yo en las fatigas de mi labranza, *cuando en la hora solemne de mis insurrecciones guié sólo las cuadrigas de mis arados, como ninguno antes que yo en esta Zona del Arte lo Hiciera.....*»

Así también debía entenderse por todos que protestaba por anticipado de seguir a otros poetas, que mi modo y manera eran sólo míos, que como ya lo había declarado en otras ocasiones, *iba por mi camino mío al Arte* y que así en ciertos aspectos era yo original.

#### TEMPRANERAS

Empieza «Campo Lírico» con esta colección así titulada. Son las mejores de las primeras hechas en la ciudad de Los Ange-

les, y recuerdo de todas ellas muchos detalles. La que se titula «Cuadro», por ejemplo, fué inspirada por una pintura que vi en la hacienda «Quilales» en que trabajaba Jorge del Río Plummer, mi excelente amigo en aquella lejanía, antes y después de sus nupcias con la linda dama Adriana Morel. Recuerdo que iba yo en mi caballo Osor hasta una vez por semana, solo y galopando por aquellos campos hermosos, cada Sábado, en la tarde, para volverme el Lunes de madrugada. En dos horas hacia la jornada, sin apurar al noble animal, tan manso y tan inteligente. Los dueños del fundo extremaban conmigo sus amabilidades.

Las flores, el ánfora, el abanico y la calavera del cuadro en referencia, me atraían la mirada. Todo ello me hablaba de la juventud, de las mujeres hermosas con que soñaba, cuando de repente saltaban a mi vista las cuencas y la risa siniestra de la calavera, final obligado, ineluctable y fatal, de todos los goces, de la belleza y del amor. Hoy, cuando ya ha comenzado a nevar en mi cabeza tan renegra, como tinta china, otrora, revivo esos instantes y comprendo mejor toda la filosofía amarga que el pintor expresó tan donosamente con sus pinceles.

«El Himno de los Andes», que aquí también aparece, es mi primera poesía a la magnificencia de la gran Cordillera, después del viaje que hice hasta el otro lado de ella y que queda referido más adelante, y que había de celebrar con más bríos en toda su majestad, años andando, en otro libro lírico, «Laudatorias Heroicas», cuando canté sus volcanes, sus ríos, sus torrenteras y riscos.

Aun pienso que esta inmensa belleza de nuestros Andes, está apenas desflorada, y eso que ella cada día parece mostrarse con mayores esplendores en cada hora, la cordillera de los cóndores y de las águilas majestuosos y rapaces, y en cuyos faldeos, entre los festones y guirnaldas que son selvas, anidan las pequeñas ciudades, los montañeses laboriosos, tenaces, robustos y sencillos, las mujeres hermosas y prolíficas, las vírgenes garrridas y discretas, puras y amorosas como las palomas torcaces que arrullan perennemente entre los copihues de la tierra arau-

cana. Nuestra cordillera que guarda en su entraña los metales más preciados del mundo, oro rubio y negro, debe ser señalada por los poetas al esfuerzo de todos, al brazo de la industria, al combo del minero; porque en ella se contiene cuánto es necesario para sustentar, enriquecer y magnificar, en los dilatados tiempos futuros, a los chilenos que la poseen.

Como me he propuesto ser parco en mi relato, no diré sino de otra más de estas poesías tempraneras, de la que se titula «Página de Album». No me puedo arrepentir de haber escrito ésta en el libro de la señorita Parmenia Burgos, que fué una de las primeras palmas admirativas que me saludaron en los comienzos de la jornada. La recuerdo blanca y agraciada como una azucena, de ojos grandes y claros, de andar solemne y airoso, al lado de la prima Carmela que era morena porque la había besado el sol... ¡Cuántas almas buenas de niñas hay en las provincias, que aman la poesía con fervor, que sueñan en medio de todos los afares caseros, o junto a sus jardines y macetas en flor, o salen a la ventana, mirando la soledad de la calle, al raro transeunte, o bordando o tejiendo; cuántas que con una poesía se sienten conmovidas hasta el desfallecimiento y que pueden llamarse en verdad hermanas gemelas del alma del poeta! Por eso yo decía al final de esa paginita lírica:

.....

Y si otra alma a la mía compadece,  
amo la vida y el placer y el beso,  
y me estremezco con los goces grandes  
del que tiene en la tierra todo el cielo.  
Entonces canto en mi soberbia lira  
el magnífico verso  
que celebra con ritmo poderoso  
la comunión de dos almas en lo eterno.

#### FLORA INSULAR

Esta sección de mi «Campo Lírico» se inicia con una forma lírica de mi inventiva. «Preludio» comienza así:



De las tierras lejanas del Sur vecinas al polo  
donde soplan su ronco clarín las tropas de Eolo,  
trovador incansable del gris, yo traigo en mi lira  
una virgen brumosa canción que llora y suspira.

En todas estas poesías ya se demuestra el afán innovador, la persecución de la armonía constante en la forma, en concordancia con la melodía interior. Se oye como un mandato la voz de Verlaine: *avant tout la musique*, y se logra, como se puede, con el magnífico instrumento castellano. La palabra rara o el vocablo exótico, con el fin de enriquecer la lengua lírica relucen como medallas nuevas y tintinean como el oro; las *palabrejas* que hacían rugir, entonces, de rabia impotente a los hidrocéfalos, eternos enemigos, no sólo de lo que no comprenden, o les está vedado, sino de toda riqueza mental. Hasta el mismo verso endecasílabo, tan sobajado y envilecido por los vulgares copleros, recobra su antiguo señorío, aparece como remozado, o se reviste de un tinte de melancolía en el tono de languidez y de nostalgia de la composición en general.

Aquí está la que se titula «Las Sirenas de las Islas», que la quiero porque fué portadora de un rayo de luz en las oscuridades de una cárcel y dió un minuto de alegría a un pobre corazón torturado, que así me lo declaró con su firma al pie de su carta publicada en «El Progresista» de Los Angeles, Jorge Day. En la parte final de esta poesía cantan las Sirenas una en pos de otra:

.....

Con las mórbidas formas sin velos,  
descubiertas de nácar las pomas  
que semejan dos albas palomas  
que han bajado a anidar de los cielos:

—Yo soy hecha de forma de sueños  
que acarician y besan las sienas;  
y yo tengo los ojos risueños  
y yo tengo encantados Edenas.

—Y yo tengo el relámpago de oro  
condensado en mi blondo cabello,  
y yo guardo de amor un tesoro  
y me rindo a lo grande, a lo bello.

—Y yo soy hija de Tetis, la diosa  
que desdeña al rendido Neptuno,  
y no envidio las prendas ni el rango  
con que brilla la olímpica Juno.

—Soy la pálida virgen enferma,  
la que arranca el melódico Scherzo  
de la lira zafir de las olas  
a compás del erótico verso.

—Y yo soy cual la Venus de Milo,  
la de formas erectas y cálidas.  
Y yo llevo en el labio intranquilo  
las errantes libélulas pálidas.

—Yo me baño en la cresta espumosa  
que remeda un encaje de Flandes,  
y morena y ardiente y ansiosa  
quiero goces intensos y grandes.

\* \* \*

Una novedad es también «Día Gris» en que el verso se entremezcla con la prosa en una forma bastante inusitada:

I.—Un día nublado, nublado y opaco, parejo desde el Orto blanco al ocaso; así con un cielo de leche muy turbia, como un mar de plomo quieto en una gran angustia.

II.—Así yo lo quiero porque estoy enfermo. Que traiga a mi mente los vagos recuerdos de mi Isla lejana, de mis Islas Pálidas, tristes princesas pálidas que están encantadas.

III.—El día brumoso que anuncia a la Tromba que va por el bosque sembrando sus cóleras, rajando los troncos con golpes de hachas, con las hachas de sus hacheros bien afiladas.

IV.—Un día de Otoño monótono y triste, sin que haya ni un soplo que en el aire vibre; silente y pesado como un Campo Santo con sus lóbregos cipreses altos, altos, altos.

V.—Así quiero el día y escribir mis versos pensando en las cosas distantes y antiguas de allá del lejano país de los hielos, de mis turbios cielos de tristezas místicas; soñar con las garzas que pasan volando, manchadas las plumas de sus flojas alas, tendido el cuello a lo largo, muy largo... manchadas las plumas tal vez en las charcas; soñar con las locas grises que dan sus lamentos cruzando las planchas de aquel mar plumizo, y con las balandras que marchan al puerto, pesadas, tardías, al vecino puerto.

VI.—Soñar así, mientras mi perro aquí a mis plantas se sueña cambiado en hombre y se cree que tiene un alma... En días nublados pensamos en cosas vagas: debe esto tener su origen en cosas lejanas.

VII.—Triste está el árbol en el Otoño porque sabe que en el Invierno le azotarán furias salvajes... Hombres, las causas de las tristezas que os afligen aquí en otro estado en que habeis vivido tienen su origen.

VIII.—Hay que empapar en whisky la tristeza del día; pero si no hay whisky mojadla con vuestras hieles, acordándoos de los días de la infancia, cuando en los labios florecía la plegaria y teniais un padre.

IX.—También hace falta la mujercita que os lea una página de amor. ¿No teneis ni una hermana? Echaos a dormir, entonces, como este perro y dormid mucho. Mejor si no despertais más.

\* \* \*

Nos encontramos en esta sección del libro con «Las Nebli-  
nas en Marcha», que cuando se publicó en «La Ley» con la  
firma de *Príncipe Azur*, fué parodiada por Ventura Fraga, que  
hacía de todo en el diario, hasta críticas musicales con la ma-  
yor alevosía. Creo que tocaba el violín. Alcanzó posteriormente

a ser cónsul en Salta. Los cantantes de la ópera del Municipal en aquella época que voy historiando, le temían y lo agasajaban. Pero todo podía disculpársele porque era una víctima de la explotación diarística: sus artículos eran medidos con un cáñamo y se los pagaban a razón de diez pesos columna, postergados, mondados terriblemente, acortados y corregidos de una manera infame, de tal modo que no los conociera ni el mismo padre que los había engendrado. ¡Lo mismo que hacían con los míos esos viles filisteos y mercachifles!... Mas ya todo está perdonado.

En la mañana del día en que apareció publicada la tal parodia, me encontré en la oficina del Cajero, que era Rogelio Ugarte, que había ascendido paso a paso desde simple ayudante en la Administración, con el autor del desaguisado literario, el señor Fraga. Lo increpé rudamente, lo injurié. Me respondió en el mismo tono y quise apalearlo. El cajero y otros me separaron cuando yo llevaba la ventaja. Como yo quedé sumamente irritado, vi que era menester hacer algo sonado para que escarmentaran todos los parodiadores y reté a duelo al ofensor, al inofensivo Ventura Fraga. Le envié mis padrinos; uno de ellos fué Espejo, que hasta compró los revólveres en la mercería Despassier. Los padrinos del violinista y crítico fueron el capitán poeta Ricardo Prieto y el salvadoreño Ambrogi. Se tramitó con tal ligereza el lance, que a las veinticuatro horas debía verificarse. Pero mi buena suerte quiso que mi contendor diera por escrito toda clase de explicaciones que, como músico al fin, cantara la palinodia antes del tiempo señalado. Alcancé, sin embargo, a un banquete que, como despedida para el otro mundo, me diera aquella discretísima señora Rita A. de la Maza, de quien ya he hablado. Angel C. Espejo y Carlos Varas M., que sobreviven de aquella falange, se regocijarán recorriendo estas líneas. El primero debe conservar todavía la documentación del caso tan coruscante y delicioso...